

SUEÑO DE ORIENTE

SUEÑO DE
ORIENTE



Parlamento de las Carreras

SUEÑO
DE ORIENTE

POR

R. DE LAS CARRERAS



MONTEVIDEO

DORNALICHE Y REYES, IMPRESORES

Calle 18 de Julio, 77 y 79

1900

1.15/10 C. 1. 59

BIBLIOTECA NACIONAL
ADQUISICION
ALBERTO LLAMAS
1950

DE

Á MI ÍNTIMO AMIGO

ARTURO SANTA-ANNA

Te dedico este libro. Aunque insistas en que los personajes son forjados por mí, te aseguro que existen realmente. En otro país mi éxito sería inmenso. La protagonista de mi obra vendría á llamar á mi puerta! No sucederá así: tú sabes bien qué miserable vida galante es la nuestra—tú que, desengañado, piensas casarte... para ser, seguramente, un amante disfrazado de marido!...

R. DE LAS CARRERAS.



LA ESCENA ES EN LOS POCITOS

Las mujeres en Montevideo, apenas casadas, se hinchan, revientan las líneas, descomponen las formas de su cuerpo. Y parecen tan complacidas, su mirada es tan dulce, que no se puede menos que suponerlas disfrutando echadas de una lujuria suculenta, repletas de un gozar glotón que las engorda. Forzadas á una preñez constante, que parece como que contagia de su obesidad el mismo vientre exaltado de los maridos, la admiten y sobrellevan entendiendo que es así la marcha natural del matrimonio, ajenas de protesta, como mi hermosa perra inglesa, cuyo

vientre han desproporcionado agudas y repetidas sensaciones de delicia. Fuera de los animales, es su modelo la villana de aldea que, con un hijo en brazos, otro bajo el diafragma, otro en una cuna, otro revolcándose en el suelo, exhibe cínicamente la maternidad en su forma repulsiva y grotesca. Trastornada la cintura, iguala en amplitud á las caderas, que han perdido su nerviosidad excitante y aparecen aplastadas é informes como sacos; los senos, cansados de dar leche, abrumados, ordeñados despiadadamente por la boca afanosa y hambrienta de los hijos, destruída la trabazón contráctil de su tejido adiposo, se desparraman, caen hacia el vientre, sin que baste á erquirlos el amplio corsé que los con-

tiene, y del cual desbordan, ampulosos y flácidos, como esos senos que las etíopes arrojan á su espalda; los brazos y los muslos, también enormes y desorganizados; el vientre, rugoso y torturado por los partos difíciles, sacado para siempre de quicio. Esponjosa, como batida, la casada tiene en su cuerpo todo un bamboleo flojizo . . . El marido chapalea en un montón de carne blanda! . . .

Escapa á esa abyección de las formas en medio de las mujeres socialmente entregadas al vicio de la reproducción, la elegante Lisette d'Armanville. La llamaré así, ya que por el prejuicio local que impide que confesemos nuestro amor á las casadas, no me es permitido decir en voz alta el verdadero nombre de la mujer á quien

codicio . . . Un nombre supuesto, creado por necesidades artísticas, más que designar á la persona debe bosquejarla: así, elijo para Lisette d'Armanville éste, que evoca á la vez la figura de una parisiense y de una duquesa . . . No intente el público descubrirla. Le sería imposible. Indelicadeza aparte, reflexione que se puede perderme para su simpatía . . . He tenido en Los Pocitos un sueño, del cual es protagonista la duquesa, y, con todo desinterés, invito á compartirlo al público, seguro de que, teniendo apretada entre los dientes la pipa de opio, será discreto y se dejará llevar sonriendo con rufianería á las visiones . . .

Lisette d'Armanville, á pesar de un hijo por año dado á su marido en mis barbas, conserva fieramente su talle de señorita. Hay que convenir en que su cuerpo es obra del matrimonio; pero una obra que ella ha sabido corregir, encauzar, á la que no ha permitido el libre ensanche desordenado, sino la plenitud sabrosa . . . Renuncia, por presunción, á tratarse con casadas; deja su solidaridad con ellas para la noche . . . y se acompaña con jovencitas solteras. Las empobrece: no alcanzan el valor sugestivo de su busto, ni compiten con la inflexión ligera de la línea apenas curva de su vientre, conservado intacto; un vientre disimulado, ni llano ni protuberante, religiosamente estético, con declives que tientan la mano marcando

el camino á la caricia, que exige ese palpar intenso que se hace por instinto en las redondeces, apretándolas, exprimiéndolas, llegando con exaltación á los senos después de recorrer el flanco con la palma enarcada. Se abandona luego la mano, leve, á divagaciones, á caprichos aventureros, á esas palmaditas canallescas con que gustamos el palpar de las carnes...

Arqueadas sus caderas con briosa turgencia, rebotan bajo el corsé. Tienen á la vez exuberancia y firmeza. Como trazado lineal es imposible suponer contornos más puros y matemáticos, más delicada figura geométrica... No hay nada comparable en las arcadas de la Alhambra!... Parecen irregulares las cejas de las

huríes!... Arrancando de la base del busto en dos curvas saltantes y simétricas, se expanden, henchidas y tensas, más voluptuosas que todos los senos!... Las aprieta vigorosamente la falda y ostentan con agresivo alarde, con procacidad é insidia, la redondez del contorno puesto al desnudo, mientras ondulan estremecidas con un movimiento apenas perceptible, á compás de la marcha... Aristocráticas, no consisten, como las caderas robustas comunes, en un desmesurado agrandamiento pornográfico que supedita groseramente el ancho de los hombros; se mantienen dentro de la armonía y proporción antiguas, que, sin quitarles nada de su graciosa concupiscencia, las coloca en el orden reducido de un

erotismo selecto. Son el ejemplar único entre nosotros de caderas de pura raza. Si cultiváramos las artes plásticas, la Pintura y la Escultura las habrían hecho populares y notorias en todos los ámbitos de la civilización sensualista! . . .

En el paseo cotidiano, en sucesión ininterrumpida y monótona, pasan caderas; grupos de mujer mal conformadas y toscas, vestidas con faldas sin elegancia, de color subido; caderas de señorita desarrolladas prematuramente y con exceso, que el matrimonio relajará y devastará, entrándoles á saco; caderas obscenas de señora inutilizada; pobres caderas escurridas debajo de los vestidos, por las que se siente lástima; caderas anómalas, disformes, que recuerdan la

elefantiasis y recargan el paso lento de la dueña con el portentoso volumen de su giba, destacadas en un redondo escabroso, pasto brutal del apetito; otras, pagadas de sí, á las cuales convendría desengañar; algunas, incipientes, caderitas núbiles y canderosas, obtienen de la severidad de mis confrontaciones una sonrisa con que deseo darles valor para que crezcan; caderas atrevidas, describen una circunferencia arrogante, y se malogran, totalmente planas, por su falta de *bombé*; caderas graciosas, extremadamente gruesas, que no se distinguen por la moralidad de sus líneas, se hacen perdonar por nuestro instinto crapuloso la profusión de sus carnes, á las que nos volvemos con vergonzante indulgencia; las hay

hasta hermosas, pero que se ignoran, echadas á andar maquinalmente, desprovistas de esa expresión indispensable, como en un rostro, en unas caderas. Tienen todas un tipo desbastado. Mal concluidas, se diría que han sido hechas en montón, como para un país de América!

Siguen su curso con su paso de peregrinación, regular y pausado, las lozanas y fornidas, las desenfadadas jamonas que quitan para sí el paso á las tímidas; las achatadas y oblongas, las enflaquecidas y mustias que me traen al recuerdo las aguas milagrosas de Lourdes, que aplacarían su histerismo, y de las que resurgirían tibias y lubricadas! . . .

Aparecen las caderas de Lisette! . . . Las reconozco á la distan-

cia! . . . Sigo con los ojos entre la multitud, hasta que se pierden, esas caderas que en mis insomnios profano! . . .

El talle de nuestras mujeres que presumen de mayor esbeltez, es cortó y rígido, sin cambrar. No son flexibles, nieta de endurecidas mujeres de trabajo que amasaban el pan, ordeñaban las vacas en el corral y lavaban á orillas del arroyo bajo la cruel intemperie de las madrugadas de invierno ó la llamarada del sol, anquilosado el espinazo en las posturas encorvadas de la fagina . . . Desgarbadas, caminan mal, no se deslizan. Parecé que el terreno accidentado influyera en la torpeza de sus movimientos, al revés de las italianas,

de las francesas, cuyo andar es muelle, como si el suelo se hiciera elástico bajo su pie. . . Educada sin duda en el Sacre-Cœur, en el andar de Lisette no se nota el esfuerzo.

Sorprende la sangre azul de sus formas! . . . Hay una complicidad discreta entre ella y el deseo de quien la mira. . . El corsé de cintura deja suelto su seno alto, á la turca! Muestra en la desenvuelta vivacidad de su falda su vocación por la aventura! . . .

Vivo con la zozobra de que ese cuerpo pueda ser deformado. La fecundidad lo amenaza. Cuando tengo la visión terrorífica del forceps haciendo estragos, concibo la idea calenturienta de sumergir sus entrañas de madre en el fuego de los corrosivos! . . .

Era una noche de moda en Los Pocitos. Se revolvió sobre el puente la multitud abigarrada de mujeres. Estaba Lisette. Única elegante. Se la veía sentada junto á su marido con ese abandono de molicie del cuerpo de las queridas: una molicie que parte del corazón. . . Se le acercó á saludarla un grupo de señoritas. Se puso de pie. A su lado se alzó un hombre alto, seco, con el tipo de esos viajeros de comercio que se alojan en fondas de segundo orden. Sacudió los pantalones que al sentarse había arremangado. De un vago, pero seguro prognatismo, sus facciones carecen de grados de expresión: los ojos no dicen más

que la boca, la cual, desencajada, parece que echara fuera las palabras en vez de pronunciarlas; la cabeza, pequeñísima; la piel, terrosa; momificados los cartílagos de la nariz, no se concibe que pudieran palpar alguna vez de sensualidad ó de cólera; los brazos, largos, tendidos, sueltos al azar. Un gorila.

Lisette tenía los labios teñidos de rojo, capricho oriental de duquesa! Yo observaba aquella pinclada de carmín vivo, exótico, como salido de las tintas calientes de un cuadro al óleo pintado sobre un motivo de Turquía; carmín, que yo imaginaba llevado bajo la incandescencia blanca del sol, en las tierras donde los colores son supremos, por un mercader de Arabia, entre perfumes inten-

tos, mezclado en la misma alforja al almizcle! Yo fantaseaba á Lisette en su casa, vestida con un resplandeciente traje de mora, bombachas, y en los diminutos pies de judía, pantuflas altas. . . parecida á Lotí, en albornoz, en su camarín de á bordo. . . Hacía y deshacía sobre su frente peinados raros; se la rodeaba, como las circasianas, con una diadema de medallitas. . . Se echaba en cojines de terciopelo, desnuda, sobre el pecho, como una gata rampante. . . Espejos á ras del suelo le devolvían cien veces la imagen de sus caprichosas actitudes, con las que superaba en secreto á las odaliscas, á las escondidas esclavas de serrallo que adormecen á los sultanes en sus mágicos brazos! . . . En el risueño desvarío de su



imaginación mecida por las fábulas, oscilaba bajo sus pies el puente de los navíos y se sentía conducida en las literas de las reinas de Egipto . . . Su dueño era un pirata! . . . y la tenía escondida en una isla desierta, junto con el botín y las preseas y maravillosos productos de las tierras saqueadas, en fantásticas estancias repletas de oro, los tapices esplendorosos bajo las salpicadas pedrerías de trofeos de alfanjes . . .

Lisette me vió y me volvió la espalda. Miraba yo el busto; tenía delante la elasticidad comprimida del globo de sus caderas, y pensaba si me hacía un desaire, ó si tal vez me volvía la espalda con una intención distinta, con alevosa y excitante perfidia! . . . La niña enferma doce ve-

ces corrompida de Vigny tiene de esos caprichos! . . .

Una de las señoritas, muy delgada, recordaba con sus sacudidas y movimientos ágiles, las potrancas chicas. Otra, es un tipo moreno. Sus ojos, cejas y pestañas forman una espesura del tinte negro denso del carbón. Tiene un parecido con Lisette. Se habría dicho una hermana suya de otro lecho, la misma raza ennegrecida y dorada! Se le veía en los costados del rostro, en forma de una bruma ligerísima de pelo, como un espolvoreo del carbón de los ojos. Parecía robada á una tribu berberisca. Se me ocurría que un encantador árabe, dueño de fabulosas artes de lujuria, la había puesto desnuda á tostar en

las arenas del desierto; había escondido debajo de su piel rayos de sol y alientos de siroco, y había hecho, para el capricho de un señor asiático, una mujer prodigiosamente amante, en cuya sangre tumultuosa hervían convulsivos deseos! Era una vorágine afrodisíaca! Al verla, bramaba en el Harem, azuzada, la impotencia de los Eunucos! En las horas mimosas de la siesta estaba tendida en el patio de mármol del Alcázar, acariciada por el fresco rumor de los surtidores de las fuentes, bajo la claridad suave y difusa que desde lo alto de inaccesibles paredes verdes filtraban sobre sus formas perezosas. los días muy azules y muy amarillos de la Persia! . . . En rescate de inúmeros cautivos ó como presente,

sello de paz y de alianza entre belicosos reyes, atravesaba comarcas sobre el lomo de los dromedarios cargadores de tesoros . . . Iba de Asia á Granada. Poetas y cortesanos la comparaban en la Alhambra á la Hurí negra que á los falsos creyentes del Profeta se aparece en el Horeb . . . La llamaban así sus compañeras caucásicas del serrallo, donde se la transportaba de los tapices de púrpura á las rodillas de su señor el Emir! . . . Seguía la suerte de los imperios! Muerto un poderoso califa á quien había amado, huía del Harem en medio de la sangre y del incendio de una sedición en Palacio! . . . Y era vendida como esclava en Constantinopla, entre las ofertas de un grupo de magnates de todos los países, que pro-

metían por ella sus riquezas. Parecía, á los brillantes sátrapas en viaje y á los señores asirios, vulgar y pobre el montón de circasianas, dejado á un lado; y la rodeaban curiosos y ávidos ante el leonado oscuro de su piel, casi negra en los rincones chamuscados del cuerpo, en la aréola de los senos y bajo las órbitas de los ojos; deslumbrados ante el esplendor de la carne tensa y firme de los muslos, en la que los dedos perdían apoyo al querer pellizcarla; muslos de los que llenaba el ángulo, y cubría el empeine, desparramándose sobre el vientre, un vellón compacto y crespo de pelo negro brillante, blando como un edredón y caliente como un nido de torcaces . . .

Lisette me volvía la espalda . . . y me eché á soñar detrás de sus espaldas . . . La abrazaba y le ponía en la nuca un beso y un quejido, sintiendo su cuerpo palpar al contacto; le volvía el busto y atraía hacia mí su cabeza, que ella abandonaba con mezcla de languidez y resistencia, haciéndose risueñamente violentar, los ojos rodados en las órbitas, perdida su expresión, la boca dejada devorar! . . .

.....

Mis besos rastreaban su cuerpo de manchones rojos. Me bañaba, crispado, en el vaho capitoso de su carne. Me penetraba, impregnándome, de su sudor! Dentro de su boca, en el húmedo fuego, revolvía y sorbía lascivia . . . Clavaba la mía, abierta, en el

secreto de sensualidad estremecedora de los brazos, en la axila oscura, acre, sedosa y tibia! . . . Enloquecía su sensibilidad persiguiéndola, acosándola, con cariñosos mordiscos que la hacían encogerse, enervándola; serpenteaba electrizada bajo mi boca, huyéndome con sacudimientos descompuestos, erizada por espeluznos! . . .

Al fin estaba su mirada ensimismada y fija, deslumbrante, con el brillo de fiebre de la alucinación, y la boca, en los costados hundida, atormentada como por la sed!

Era la hora de la retirada. Lisette se despidió de sus amigas y se fué del brazo de su gorila! . . .

UNA AVENTURA FELIZ

EL POETA Á LISETTE D'ARMANVILLE

LA persona que lleva esta carta ignora la naturaleza de mi aturrido y apasionado mensaje. No puedo resistir al ansia de dirigirme á Vd. La quiero hace años! Y no tiene Vd. derecho á ofenderse más que con su propia belleza, que me ha inspirado este arranque!

No pido á Vd. más que una gracia: que se deje querer. Y para esto concédame estar detrás de la cortina de su balcón de tres á cuatro de la tarde. Hágame Vd. esa caridad de amor!

Le aseguro que no la importunaré más; que no le escribiré más, que no pasaré más frente á su casa. Le pido perdón si se cree ofendida, perdón sinceramente. Le repito el respeto de este desconocido. . . Le he escrito, le escribo á pesar mío, de mis escrúpulos, de mi resolución de no verla más y resignarme. Tenga la piedad de no acogerme mal. . . Pongo á sus pies una sensibilidad desamparada, y me haría llorar si tratara sin miramientos mi irreverencia. Invoco ante Vd. los derechos de la pasión! Es Vd. algo mío, puesto que yo la quiero. . . Y es imposible que desprecie la ofrenda de mi pensamiento sumiso de cada minuto, y pueda verme sin simpatía de su parte, devoto de sus gracias de mujer! Por favor, en retri-

bución de tanto afecto, de tanta admiración, de tanto entusiasmo, pruébeme, por favor, señora, saliendo una vez sola á su balcón, una vez sola, que no soy para Vd. el último de los seres antipáticos!

Vivo ansioso escrutando la cara de sus parientes para adivinar si ha mostrado mis cartas y se ha burlado de mí. . . Me parece que no, y se lo agradezco. Estaba seguro de que Vd., cien veces duquesa, no habría de exponerme al ridículo por el amor que le tengo. Es demasiado hermosa para no explicarse que yo esté enloquecido. . . No puede odiarme. Me compadecerá. . .

Debo partir de Montevideo. En nombre de las caricias, de los jura-

mentos; en nombre de los amantes todos, salga, como acostumbra, de dos á tres... Es una pequeña amabilidad que no le costará nada, que Vd. puede conceder sin comprometerse siquiera ante Vd. misma. Quién sabe cuándo volveré á verla! Escuche mi súplica. No extreme la severidad hasta el mal gusto!

Convéznase Vd. de que no hay nadie que aprecie como yo su talle cambrado, la proporción justa entre sus hombros y sus caderas, la aristocracia de su andar, el mimo de sus acariciamientos con su piel de abrigo.

Envío á Vd. el mejor fragmento de un libro mío, inédito, del cual es Vd. protagonista. Vd. verá por él,

que, no pudiendo obtenerla en la realidad, llamo al sueño en mi ayuda... Es Vd. para mí, como uno de esos pleitos embrollados y difíciles que, si se ganan, son la riqueza, pero que entre tanto hacen vivir pobre... y desesperado!

Es imposible que Vd. reciba mis cartas en propia mano, sonriente, para mostrarlas... Sería una acción de mal gusto. Siendo Vd. quien es, no puede recibirlas sino por una razón distinguida, por simpatía... Luego; por qué se niega á concederme nada, á salir siquiera á su balcón? Por qué recibe mis cartas y me huye á la vez? Comprendo que lucha con su recato; pero, en amor, dar un poco es dar todo, y Vd. consiente que yo le escriba! Si

no se hace ver en su bálcon habrá cometido una contradicción inexplicable!

DE VUELTA DE UN VIAJE

No puedo estar lejos de Vd. Estando cerca, por lo menos puedo escribirle más fácilmente. Le escribo estremecido. Le pido que me conteste. No puedo más de esta incertidumbre.

Vd. ha recibido mis cartas después de decirle yo que no podía hacerlo sino por simpatía, con lo cual Vd. me ha confesado esa simpatía. . . . Escribiéndome, no añadiría nada á la seguridad que yo ya tengo de haberla conmovido un poco . . . Las últimas

veces que la he visto, su mirada me ha acogido mejor. . . . Ha resistido Vd. bastante. Otro cualquiera, con menos pasión, habría sido desanimado. Vd. ha hecho todo lo posible por quitarme valor. No lo ha conseguido. Ríndase, pues! Piense que sólo siendo Vd. una extraña excepción de mujer, podría quedar siempre en esa actitud de recibir pasivamente mis cartas. Es forzoso, es lógico que Vd. siga adelante. Esté segura de que yo haré lo imposible por llegar á Vd., que yo le hablaré y Vd. no podrá desairarme, puesto que no me ha desairado ya; le diré: la quiero! y Vd. no podrá contestarme que no, á menos que me confiese que me ha burlado. . . . Si Vd. no cede ahora, cederá más tarde. Esté segura de que cederá. Vd. debe fa-

talmente ceder. Á qué torturarme con un disimulo inútil? Piense en mis angustiosos insomnios! Vd. se arrepentirá de que yo haya sufrido tanto por amor suyo, de haberme tenido tan ansioso, tan sacudido por la angustia de que Vd. pueda burlarse miserablemente de mí. Piense que puede llegar á quererme, y después, en rigor, usted no puede dejar sin contestación las cartas de quien tiene por Vd. tanta estima. Vd. no tiene queja de mí. Para hacerle llegar mis cartas he usado de todos los medios de discreción posibles. Su nombre no ha salido de mi boca. Para contestarme no tiene Vd. más que escribir dos líneas sin firma y echar la carta á un buzón de la calle. Para que su seguridad sea completa,

desfigure, agrande, su letra. Aunque esa carta se extraviara, Vd. no sería comprometida en lo más mínimo. Escribame, señora. ¿Qué más da recibir cartas de amor ó contestarlas con un anónimo?

CONTESTACIÓN DE LISETTE

Si se atreve Vd. á escribirme una sola letra más y á fastidiarme con sus asquerosas y estúpidas insinuaciones, se lo diré á mi marido para que le dé á Vd. el castigo que se merece.

Esta carta, escrita con un carácter infantil, muy cuidado, penoso, algunas letras separadas, hechas una á una, es mandada por Ella á Él en

forma de postdata puesta á su propia carta, que le es devuelta arrugada, en el fondo de un sobre grande.

RÉPLICA

Escrita en la misma carta devuelta, que Él envía otra vez á Ella en un sobre abierto, en el temor de que la señora pueda devolverla cerrada después de abrirla al vapor de agua. . .

No hay ninguna razón para que Vd. me devuelva esta carta después de haber conservado nueve en su poder. . . Mejore Vd. el estilo y no haga las cosas fuera de tiempo. . .

Á estas líneas, Él adjunta la carta siguiente :

Comprendería su indiferencia si

Vd. tuviera un marido inteligente y hermoso, pero en su caso su conducta no tiene explicación y de mi punto de vista europeo es enteramente ridícula. Conserve en buena hora su virtud montevideana. Me da Vd. lástima. Vaya un hombre el que ha elegido! Es un gorila. La cara de él puesta sobre la suya es la mejor venganza que yo puedo tener de su desdén!

P. D.— Si al recibir Vd. esta carta su marido no está en casa, le ruego se la haga ver á su vuelta.



Carreras, Roberto de las,

(16114)

ÍNDICE

<i>Dedicatoria</i>	5
<i>La escena es en los Pocitos</i>	7
<i>Una aventura de amor</i>	33